

»—No lo habéis sido aún lo bastante—respondió el rey—. Mi vida toca á su fin. Abreviad, abreviad si queréis que conozca antes de morir la historia de los hombres.

»Volvió el secretario perpetuo á presentarse en el palacio real pasados cinco años. Andando con muletas llevaba de la brida un borriquito cargado con un gran libro.

»—Daos prisa—le dijo un palaciego—; el rey se está muriendo.

»En efecto; el rey se moría. Dirigiendo hacia el académico y su gran libro una mirada agonizante, dijo suspirando:

»—¡Moriré sin conocer la historia de los hombres!

»—Señor—respondió el sabio casi tan moribundo como él—, os la voy á resumir en tres palabras: *Nacieron, sufrieron y murieron.*

»Así aprendió el rey de Persia, un poco tarde, la historia universal.

XVII

EL SEÑOR NICODEMUS

Mientras que en la *Imagen de Santa Catalina* mi buen maestro, sentado en lo más alto de la escalera, leía á Cassiodoro con deleite, entró en la tienda un viejecito de aspecto insolente y mirada severa. Se fué derecho hacia el señor Blaizot, que alargaba la cabeza sonriendo detrás de su mostrador.

—Caballero—le dijo—: sois librero establecido y debo juzgaros hombre de buenas costumbres. Sin embargo, hay en vuestro escaparate un tomo abierto de las *Obras de Ronsard* cuyo frontispicio presenta una mujer desnuda. Eso es un espectáculo que no puede tolerarse.

—Dispensadme, caballero—respondió suavemente el señor Blaizot—; ese frontispicio es de Leonardo Gautier, que tuvo fama en su tiempo de grabador muy hábil.

—Poco me importa—respondió el anciano—

que el grabador fuese hábil. Sólo tengo en cuenta que ha reproducido desnudeces. Esa figura sólo está vestida con sus cabellos, y me sorprende ver que un hombre de edad y comedido como parecéis serlo, la exponga á las miradas de los jóvenes que pasan por la calle de San Jacobo. Haríais bien en quemarla, á ejemplo del padre Garasse, que empleó su fortuna en adquirir libros contrarios á la Compañía de Jesús para quemarlos después. Por lo menos deberíais ocultarlo en el rincón más secreto de vuestra tienda, que guarda, mucho lo temo, libros propios para pervertir á las almas, tanto por el texto como por los grabados.

El señor Blaizot respondió que aquella sospecha era injusta y que le desolaba procediendo de un hombre honrado.

—Debo deciros quién soy—dijo el anciano—. Tenéis en vuestra presencia al señor Nicodemus, presidente de la Compañía del Pudor. El objeto que persigo es aumentar la delicadeza en provecho de la modestia, conforme á los reglamentos del señor comisario de policía. Me ocupo, ayudado por doce consejeros del Parlamento y doscientos mayordomos de las principales parroquias, en hacer desaparecer las desnudeces expuestas en lu-

gares públicos, tales como plazas, bulevares, calles, callejuelas, muelles, puentes y callejones. Y no contento con establecer la modestia en la vía pública, me esfuerzo en imponerla en los salones, gabinetes y alcobas, donde no siempre reina. Sabed, caballero, que la Sociedad fundada por mí, construye ajuares para novias, conteniendo camisas amplias y largas y con una pequeña abertura que permite á los nuevos esposos proceder castamente á la ejecución del mandamiento de Dios relativo á la reproducción, y para unir la gracia con la austeridad, esas aberturas están rodeadas de bordados bonitos. Me alabo de haber ideado vestiduras íntimas y extremadamente apropiadas para conseguir que todos los recién casados sean otros tantos Saras y Tobías, librando el sacramento del matrimonio de las impurezas que van desgraciadamente unidas á él.

Mi buen maestro, que con las narices metidas entre las páginas de Cassiodoro, escuchaba semejante discurso, respondió con la mayor seriedad del mundo, desde lo alto de la escalera, que la invención le parecía admirable, pero que él imaginaba otra más excelente aún.

—Quisiera —dijo— que todos los esposos antes de casarse fueran frotados de pies á cabeza con

un betún muy negro, el cual, poniéndoles la piel como el cuero de la botas, aplacase mucho los abandonos y las complacencias sexuales de la carne, y fuese un penoso obstáculo para las caricias, besos y mimos que suelen practicar entre sábanas los amantes.

Al oír aquellas palabras, el señor Nicodemus, levantando la cabeza vió á mi buen maestro sobre la escalera, comprendiendo por su actitud que se burlaba.

—Señor abate—respondió con triste indignación—, os perdonaría si me ridicularizais á mí solo. Pero os burláis al mismo tiempo que de mí, de la modestia y de las buenas costumbres, en lo que hacéis mal. A pesar de los burlones, la Sociedad fundada por mí ha realizado ya grandes y útiles trabajos. ¡Burlaos, caballero! Hemos puesto seiscientas hojas de parra ó de higuera en las estatuas de los jardines del Rey.

—Es admirable, señor mío—respondió mi buen maestro sujetándose las gafas—, y á ese paso, todas las estatuas lucirán pronto su correspondiente hoja. Pero como los objetos sólo tienen para nosotros el sentido de las ideas que provocan, poniendo hojas de parra ó de higuera en las estatuas, referís la idea de la obscenidad á esas

hojas, de modo que la gente no podrá ver ni higueras ni viñas en el campo, sin atribuirles una significación indecente; y es un gran pecado, señor mío, cubrir así de impudor los árboles y los arbustos inocentes. Permitidme que os diga también que es peligroso preocuparse, como lo hacéis, por todo lo que puede ser motivo de inquietud para la carne, sin considerar que si tal figura fuera escándalo de las almas, cada uno de nosotros, que lleva en su persona la realidad de esa figura, se escandalizaría consigo mismo, á menos de ser eunuco, lo cual me parece horrible.

—Señor abate—replicó el anciano Nicodemus un poco acalorado—, advierto en vuestro lenguaje que sois libertino y disoluto.

—Señor—dijo mi buen maestro—, soy cristiano, y por lo que al libertinaje se refiere, no puede preocuparme, teniendo hartó trabajo con ganarme el pan, el vino y el tabaco diariamente. Tal y como me veis sólo conozco, en clase de orgías, las silenciosas de la meditación, y el único banquete á que asisto es el banquete de las musas. Pero juzgo como prudente, que es pernicioso encarecer el pudor en las enseñanzas de la religión católica, la cual deja en este asunto mucha libertad, admitiendo fácilmente las costumbres de los

pueblos y sus prejuicios. Os creo, señor, algo picado de calvinismo y propenso á la herejía de los iconoclastas. Se ignora si vuestro furor puede conducirnos á quemar las imágenes de Dios y de los santos por odio á lo que hay de humanidad en ellas. Las palabras «pudor, modestia y decencia» que tenéis siempre en la boca, carecen de un sentido preciso y durable. Nada más la costumbre y los sentimientos pueden definirlos con precisión y verdad, y sólo reconozco como jueces en esas delicadezas á los poetas, á los artistas y á las mujeres hermosas. ¡Extraña idea la que os condujo á erigir una catedral de procuradores, en jueces de las gracias y de las voluptuosidades!

—Pero señor —replicó el anciano Nicodemus—, no nos oponemos ni á las gracias, ni á las risas, y menos aún á las imágenes de Dios y de sus santos, por lo cual sois injusto con nosotros al atribuirnos tales intenciones. Somos gentes honradas y queremos sustraer á los ojos de nuestros hijos espectáculos deshonestos; no se duda entre lo decente y lo que no lo es. ¿Acaso deseáis, señor abate, que nuestros hijos sean en la calle objeto de todo género de tentaciones?

—¡Ah, caballero!—respondió mi buen maestro—; son precisas las tentaciones. Tal es la con-

dición del hombre y del cristiano en la tierra. Al fin y al cabo, son más temibles las tentaciones interiores que las exteriores. No os molestaríais en hacer quitar de los escaparates algunos dibujos de mujeres desnudas si hubieseis meditado como yo la vida de los Santos Padres del desierto. Hubierais visto que en una soledad espantosa, lejos de toda figura tallada ó pintada, destrozados por el cilicio, macerados por la penitencia, agotados por el ayuno, revolcándose sobre un lecho de espinas, los anacoretas se sentían traspasados hasta los tuétanos por los agujones del deseo carnal. Se les aparecían en su pobre celda imágenes mil veces más voluptuosas que esa alegoría que os ofusca en el escaparate del señor Blaizot. El diablo (los libertinos dicen la Naturaleza) es más intencionado, al pintar escenas lascivas, que el propio Julio Romain. Supera á todos los maestros de Italia y de Flandes en las actitudes, movimientos y colorido. ¡Ay! nada podéis contra esas ardientes imágenes. Las que os escandalizan son pequeñas comparadas con ellas, y haríais bien en dejar al comisario de policía el cuidado de velar por el pudor público de los ciudadanos. Realmente vuestra candidez me admira; tenéis poca idea de lo que es el hombre, de lo que son las sociedades y

de los ardores de la carne en una gran ciudad. ¡Oh! los inocentes vejestorios, que entre todas las impurezas de Babilonia, donde las cortinas se levantan por todas partes para dejar ver los ojos y el brazo de las prostitutas, donde los cuerpos ansiosos se frotan y enardecen unos contra otros en las plazas públicas, se escandalizan y gimen por algunas imágenes colgadas en los escaparates de las librerías, llevando hasta el Parlamento del reino sus lamentaciones cuando en el baile una moza ha enseñado á los muchachos el muslo, que es para ellos la cosa más vulgar del mundo.

Así hablaba mi buen maestro desde lo alto de la escalera. Pero el señor Nicodemus se tapaba los oídos, gritando:

—¡Cielos! No hay cosa tan repugnante como una mujer desnuda; y ¡qué vergüenza transigir, como lo hace este abate, con la inmoralidad, que es la muerte de un país, porque los pueblos sólo subsisten por la pureza de las costumbres!

—Es cierto—respondió mi buen maestro—que los pueblos sólo son fuertes cuando tienen costumbres; pero eso representa la comunidad de las máximas, de los sentimientos y de las pasiones; una especie de obediencia generosa á las leyes y no las frioleras que os preocupan. Tened

presente también que los pudores, no siendo una gracia, serán una simpleza, y que el triste candor de vuestros espantos ofrece un espectáculo ridículo, señor Nicodemus, y algo indecente.

Pero el señor Nicodemus no estaba ya en la tienda.